

EL SUBDESARROLLO DEL MARXISMO EN AMERICA LATINA

Fernando Mires (*)

I

Si se recuerda el desarrollo teórico que precedió a la Revolución Rusa, y las polémicas que llevaron a cabo las fracciones de los mencheviques y los bolcheviques, el problema central relativo al *carácter de la revolución* debía derivar, para ellos, fundamentalmente, del *análisis del carácter de clase de la sociedad rusa*.

Para ambas fracciones de la socialdemocracia, el carácter de clase de la sociedad rusa estaba condicionado por el tipo de desarrollo del capitalismo hacia el interior del país por una parte y por las características específicas de la autarquía económica como rasgo específicamente ruso por otra parte. Ninguna de las dos fracciones pasó por alto el desarrollo real de las fuerzas productivas sobre el plano local y las incidencias particularísimas que este desarrollo debía tener sobre la estructura social.

Por consiguiente, uno de los problemas centrales que dividió a ambas fracciones no fue tanto el carácter de la revolución que, para ambas, dada la comprobación del atraso en el desarrollo del capitalismo interno, debía ser una revolución democrática, sino que fundamentalmente la cuestión respecto del *sujeto social hegemónico* que debería aprender las tareas de esa revolución democrática (Lenin hasta 1917 no escribe sobre la *actual* vigencia de la revolución socialista). Sobre este punto, mientras que los mencheviques postulaban la necesidad histórica de apoyar a una eventual burguesía revolucionaria, los sectores que seguían a Lenin (y no los bolcheviques en general), en virtud del análisis concreto de la economía y sociedad rusas, postularon que la burguesía no

estaba en condiciones (precisamente por la debilidad interna del capitalismo) de asumir las enormes tareas de una revolución democrática, reconociendo que, tampoco, por las mismas razones, el proletariado ruso estaba en condiciones, por sí solo, de subvertir la sociedad. Por consiguiente, en la concepción leninista, el sujeto social debería ser el proletariado en un bloque social de clases subalternas y explotadas, formando por el campesinado pequeño propietario o sin tierras y los pobres de la ciudad y el campo. Este bloque social, en la concepción inicial del Lenin, encontraría su representación, en la revolución y en el poder, en el Partido. En cualquier caso, dicha concepción no es estática en Lenin, y cambia un tanto después de los acontecimientos revolucionarios de 1908 (ver *Dos Tácticas*) en donde el carácter de base de la revolución y el peso específico del proletariado en cuanto se cobran mayor relevancia que en su antigua concepción kautzquiana del partido elitario. Pero sobre todo, las antiguas concepciones de Lenin experimentan mutaciones en 1917, donde evalúa el significado revolucionario de los Soviets, y vislumbra que la revolución democrática burguesa puede no sólo transformarse en revolución proletaria sino que además en revolución socialista.

Algo muy diferente ha ocurrido en América Latina.

En América Latina, en lugar de ser proyectado el carácter de la revolución de acuerdo con el carácter de clase de la sociedad, se ha realizado exactamente el camino inverso, esto es, las organizaciones y partidos que adscriben al marxismo, han por lo general, determinado *el carácter de clase de la sociedad, por el carácter de una revolución prefijada de antemano*. El marxismo en América Latina, y eso es lo que intentaremos demostrar en este artículo, se encuentra con los pies hacia arriba. Ni siquiera la ideología revo-

(*) Universidad de Oldenburg, Alemania Federal.

lucionaria, aun en su forma marxista, ha logrado eludir los rígidos barrotes de la dependencia. Por lo general han sido trasplantados hacia América Latina, "modelos" revolucionarios correspondientes a experiencias pretéritas y a realidades sociales diferentes. En ese sentido, quizás no hay nada más trágico, como proceso de enajenación histórica, que el desarrollo político de los diversos Partidos Comunistas latinoamericanos. El "marxismo" de esos partidos ha sido por lo general un marxismo exógeno. Los comunistas latinoamericanos por lo común, se han enfrentado a la imposible tarea de llevar a la práctica, tareas y programas que estaban hechos para otros países en otras condiciones políticas y económicas. Naturalmente ello no fue así desde un comienzo. La enajenación histórica de los Partidos Comunistas latinoamericanos, corresponde a un proceso de consolidación de unidades nacionales, que, como el caso de la URSS, entraron a determinar los cursos de la así llamada revolución mundial con base en las específicas estrategias y tácticas derivadas del propio desarrollo económico y político soviético en el marco de una correlación internacional de fuerzas desfavorable. Pero antes de esa consolidación de centros de poder internacional, es decir, bajo el impulso renovador de los primeros años de la Revolución Rusa, presenciamos, por parte de los P.C. en A. Latina, valiosos intentos por redefinir su perspectiva teórica y desarrollar en ella, creadoramente, las políticas revolucionarias. Los primeros Partidos Comunistas latinoamericanos, si bien se adscriben estusiastamente a los postulados de la Revolución Rusa, surgen por lo general de las corrientes populares y proletarias que se venían gestando en el continente desde mediados del siglo pasado, esto es, vinculados a la tradición política de sus propios países, pero al mismo tiempo, buscando una inserción con la corriente mundial de la Revolución Socialista.

Es por ello que nos podemos explicar el surgimiento de dirigentes políticos que a la vez eran líderes populares y que no rehuían el trabajo teórico en función de una práctica que se les aparecía novedosa y apasionante y a la cual había que comprender para poder transformar. Así, surgieron teóricos como Aníbal Ponce; agitadores obreros, llenos de pasión y mística como Luis Emilio Recabarren; líderes populares, surgidos del movimiento estudiantil revolucionario como Julio Antonio Mella. Pero a nuestro juicio, dentro de toda esta gama, destaca sobre manera el esfuerzo teórico de Juan Carlos Mariátegui en sus intentos por lograr una interpretación de clase original de la sociedad peruana y con ello, la ubicación, dentro de una

perspectiva revolucionaria, del "problema de la tierra" (que más tarde los Partidos Comunistas latinoamericanos relegarían al olvido) el que era a su vez el problema del campesinado, sin el cual para el proletariado latinoamericano no es posible emprender ninguna tarea de transformación histórica, y que en Perú tomaba, como en otros países del continente, la forma del "problema del indio".

Pero todo ese promisorio impulso inicial, fue de muy corta duración, digidos, fue abruptamente interrumpido. Las causas que originaron ese corte, no residen en América Latina específicamente, sino que en el propio desarrollo posterior de la Revolución Soviética.

Desde el momento en que fue llevada a cabo la revolución democrática en Rusia, quedó planteando el problema de su profundización y desarrollo en una perspectiva socialista, a través de la hegemonía social del proletariado en estrecha alianza con el campesinado. En ese sentido, la empresa histórica para la fracción bolchevique, consistía en asegurar la hegemonía del proletariado dentro de su alianza democrática, hegemonía que a su vez era la condición indispensable para asegurar el paso de la sociedad capitalista a la sociedad socialista. Pero al mismo tiempo, la hegemonía del proletariado en el proceso revolucionario no era un problema puramente ruso. En un país del desarrollo capitalista atrasado, con predominio de la población, campesina, el desarrollo cuantitativo y cualitativo del proletariado dependía del desarrollo de las propias fuerzas productivas en el país, pero fundamentalmente del desarrollo revolucionario del proletariado de los países capitalistas avanzados. En ese marco internacional, el proletariado ruso pasaría sólo a ser la primera parte de un movimiento proletario medido a escala mundial o por lo menos europeo. Las tesis relativas a la revolución permanente de Trotsky que en cierto modo sistematizaban los planteamientos de Marx, Parvus y del mismo Lenin, se inscribían justamente en esa dirección. Dicho de otra manera, dentro de la perspectiva de la revolución internacional, se conciliaban los planteamientos de Marx en el sentido de que la revolución socialista tendría lugar en los países de desarrollo capitalista más avanzado, con los planeamientos bolcheviques de realización de la empresa del socialismo en un país capitalista atrasado, conciliación que era al mismo tiempo la readecuación con los planteamientos iniciales de la propia Socialdemocracia Rusa. Pero, la auto-comprensión de la Revolución Rusa como parte de la empresa internacional del socialismo no era sólo una búsqueda de la pureza ideológica del marxismo de Marx. Se trataba fundamentalmente de un pro-

blema práctico. El socialismo ruso en verdad, sólo era *materialmente posible* en la medida en que, de uno de los eslabones más débiles de la cadena capitalista (Lenin) pasara a formar parte de una cadena socialista mundial.

Pero ya se vio, como esa revolución europea, que ante los ojos ilusionados de los bolcheviques aparecía estar muy cerca y madura (maduras que según ellos había traído consigo a la propia Revolución Rusa pero que al mismo tiempo esta última terminaría por hacer madurar del todo) no se produjo.

En muchos países europeos, los eventuales movimientos insurreccionales, deberían romper no sólo la barrera de las clases reaccionarias, sino que también la barrera democrática parlamentaria de la cual formaban parte no sólo partidos burgueses sino también partidos democráticos con bases obreras, partidos que si bien no postulaban levantamientos insurreccionales tampoco podían ser considerados en el campo de la reacción burguesa e imperialista. De tal manera que el desarrollo de políticas insurreccionales, debió pasar en muchos países europeos por el enfrentamiento con partidos democráticos, burgueses o no, pero a los cuales adscribían importantes sectores del proletariado. En la medida en que ese enfrentamiento se tornaba inevitable, el proceso de ideologización que acompaña a esta práctica insurreccional, tendió a asimilar a estas fuerzas políticas sociales como genuinos representantes de la reacción premisa que más tarde llegaría al delirio al ser calificadas como social fascistas, de la misma manera que los mencheviques y socialistas revolucionarios en Rusia pasarían a jugar, ante los bolcheviques, el papel de agentes del zarismo y del imperialismo. El dogma, que más tarde consagra Stalin, del partido único, tiene entre otras causas, el aislamiento de la revolución rusa, aislamiento internacional que trae implícito también un aislamiento local de los bolcheviques. Como es muy sabido, no sólo la revolución europea no era inmediatamente posible, sino que también se provocaron grietas en el campo obrero, democrático y popular de los países capitalistas europeos, grietas sin las cuales no nos podríamos explicar del todo, el surgimiento y desarrollo del fascismo.

Ahora bien, en una realidad social y política diferente, los partidos comunistas latinoamericanos, casi recién nacidos en la historia, se vieron presionados a aplicar políticas sectarias, de acuerdo con los dictados de la III Internacional, que reflejaban en el período, las dificultades del bloque en Rusia en su tránsito al socialismo.

Precisamente en la década de los años veinte y

treinta, cuando el continente latinoamericano parecía estar preñado de movimientos sociales populares con un potencial revolucionario que todavía no ha sido evaluado en plenitud, los P. Comunistas desarrollaron un enfrentamiento, desde posiciones de izquierda, a esa marea democrática y popular, debido al hecho de que ellas no se planteaban en el proyecto de las insurrecciones proletarias.

Mientras el potencial popular y democrático se desarrollaba, los Partidos Comunistas, en nombre de la insurrección obrera, llamaban a la formación de Soviets obreros. En nombre de la insurrección soviética proletaria los P. Comunistas se oponían a los movimientos democráticos y populares, desligándose de la concreta historia de sus pueblos. Posteriormente, cuando los Partidos Comunistas latinoamericanos fueron sacados de sus desviaciones de izquierda y metidos en desviaciones de derecha, realizaron una autocrítica, pero en la cual siempre existía el justificativo de que ellos no se insertaron en estos movimientos, porque fueron conducidos por partidos burgueses y pro-imperialistas. Pero ese razonamiento resulta mucho más correcto puesto al revés, esto es, que esos movimientos populares fueron conducidos por la burguesía (en la forma de movimiento populista), debido entre otras cosas a la incapacidad de los Partidos Comunistas (o de otras fuerzas políticas revolucionarias) para insertarse adecuadamente en ellos.

Al levantar las tareas y consignas de la revolución soviética proletaria sin existir las mínimas condiciones para su realización, los Partidos Comunistas latinoamericanos sólo lograron arrancar algunos sectores del proletariado del contexto democrático y popular, único contexto por lo demás en donde el proletariado latinoamericano podía realizarse como clase política. El carácter de la revolución que según los dictados de la III Internacional debería ser socialista y obrera, aparecía en esas circunstancias determinando el carácter de clase de las sociedades latinoamericanas. Por doquier, los PC latinoamericanos postulaban revoluciones soviéticas, incluso en países en donde el proletariado ni siquiera se había constituido como clase.

Ante esos intentos de violación, la realidad protestaba a gritos. El PC cubano convocaba a la formación de organizaciones soviéticas y le resultaban agrupaciones de campesinos negros en la Provincia de Oriente. Al PC brasileño le resultaban ligas campesinas. Al PC de Chile, le resultaban sindicatos.

Probablemente en esos años treinta, mediante la aplicación mecánica de la sectaria política de la

III Internacional, se encuentra el punto de partida falso de muchos PC latinoamericanos, los cuales, pese a su intenso trabajo organizativo, al heroísmo y abnegación de sus militantes, nunca lograron constituirse en efectivas fuerzas políticas. La mayoría de esos partidos fue superado por los movimientos populistas, los que si bien fueron conducidos por la burguesía, lograron su innegable influencia entre las masas, porque levantaron banderas democráticas y populares, que los PC no pudieron o no supieron levantar.

II

La imposibilidad de que la Revolución Rusa se insertara dentro del marco de la revolución proletaria mundial, bloqueó en la práctica el propio desarrollo del socialismo ruso. Las fuerzas productivas fueron puestas en tensión en Rusia, a través de la gestión del Estado el que a su vez entraba en un proceso acelerado de consolidación. El proletariado ruso tenía una relativa participación en ese Estado, pero básicamente a través de niveles mediatizados de representación y delegación en el Partido confundido en y con el Estado. A su vez, la primitiva alianza revolucionaria con los campesinos y los pobres de la ciudad y el campo, entró en un rápido proceso de deterioro. En verdad, sobre estos últimos sectores fue impuesto un esquema de acumulación originaria de capitales en dirección del levantamiento de la industria pesada. El aislamiento que empezó a sufrir el proletariado ruso respecto a su bloque revolucionario natural trajo consigo a la postre la despolitización e incluso la división del propio proletariado el cual delegó casi toda su expresión sindical y política en el aparato del Estado. Soviets, sindicatos y Partido se integraron en una sola unidad, la que llegó a adquirir una autonomía relativa no sólo en relación con el proletariado, sino en relación con el conjunto de la sociedad.

El stalinismo, en alguna medida, significó también un proceso de extrañamiento del aparato del Estado frente a las grandes masas de la sociedad rusa y en dirección de una acumulación originaria de capitales en función de la industrialización forzada del país. Las dos fases, la de la acumulación primitiva, y la de la revolución industrial, que en el desarrollo del sistema capitalista mundial tuvieron una duración de siglos, se realizaron en la Unión Soviética casi al unísono y en un muy breve período histórico.

En esa orientación, la política internacional ya no podía seguir la ruta de la primacía de las relaciones de clase en las diferentes naciones, sino

que pasaba a transformarse, en lo económico y en lo político, tal como en el interior ruso, en un problema de Estado. Dicho de otra manera, *la noción de Estado, subordinaba a la noción de clase*. "El Socialismo en un solo país" designación ideológica para este proceso de acumulación-industrialización *históricamente inédito*, sometido a la dirección estatal, —y mediante los mecanismos de colectivización, con participación pero sin dirección proletaria, debía, ineludiblemente, traer consecuencias para las políticas de los diversos PC del mundo en la medida en que ellos reconocían las posibilidades de expansión del socialismo, sobre la base del fortalecimiento económico de la Unión Soviética. La política "socialista" internacional comienza entonces a tener lugar, no dentro del marco predominante de la lucha de clases sino que dentro del marco de las diversas relaciones entre Estados-Naciones. El internacionalismo proletario pasa a jugar el papel de una ideología funcional a lo que no era en verdad más que una expresión geo-política. El marxismo soviético se expresó fundamentalmente en la geopolítica estatista del período estaliniano.

Pero las alianzas de Estado, constituyen siempre alianzas de clase en última instancia, así como la guerra entre Estados también significa en última instancia, una guerra de clases. Si la Unión Soviética llegaba a concertar determinadas alianzas con Estados capitalistas, de una u otra manera, los PC a fin de colaborar al desarrollo de la política internacional soviética, reconocida como nación vanguardia del proletariado mundial, se veían presionados a apoyar o por lo menos a no atacar a las clases sobre la cual estos Estados se cimentaban, esto es, a las clases dominantes de sus respectivos países. Esa presión internacional se vio fortalecida durante el período de la segunda guerra mundial, que colocó a los PC de Latinoamérica en las más incómodas posiciones frente al desarrollo real de la lucha de clases a escala local.

La política de alianzas a nivel diplomático y militar que llevó a cabo la Unión Soviética durante la Segunda Guerra, trajo en un momento determinado, para los PC latinoamericanos, la necesidad de concertar alianzas con sectores de las clases dominantes en la medida en que ellas controlaban o tenían participación en los respectivos Estados y desarrollaban una política de apoyo al bloque aliado antinazista. La fatalidad para estos partidos residía en que Estados Unidos formaba parte del bloque, es decir, la subordinación a la geopolítica estaliniana, significaría ni más ni menos, arriar, aunque fuera transitoriamente, la bandera que para esos partidos, y para todas las fuerzas revolu-

cionarias del continente, era la más significativa, la bandera antimperialista. Con la excepción de países como Chile, en donde las alianzas políticas locales incorporaron a sectores de las capas medias y de la pequeñoburguesía a través del Frente Popular de 1938, en la mayoría de los países latinoamericanos los PC impulsaron las alianzas políticas más híbridas. Si para las grandes masas latinoamericanas había aparecido incomprensible que durante los años treinta los PC se hubieran restado a movimientos de evidente base popular, en nombre de la insurrección soviética, durante los años cuarenta, los resultaba mucho menos comprensible que entrarán a apoyar grupos sociales antipopulares, y que eran en algunos casos, los más ligados al imperialismo, y cuando no, proyecciones locales del imperialismo norteamericano.

Pero toda alianza política necesita una justificación ideológica, aun para aportar el grado de buena conciencia que necesiten quienes la contraen. Tales alianzas no podían realizarse en nombre de la pura Unión Soviética; necesitaban realizarse en nombre de una revolución. Tal revolución no podía ser la revolución proletaria que anteriormente esos partidos habían proclamado y pretendido imponer a contracorriente de la historia. Fue, pues, en ese período cuando comenzó a cobrar fuerza la ideología de la revolución democrático-burguesa que aun hoy, como un resabio del pasado, muchos PC en Latinoamérica siguen reafirmando en sus programas.

III

Según la adopción de la ideología de la revolución democrático burguesa por los PC latinoamericanos, en el continente, imperaban las relaciones de producción de carácter feudal. A su vez, las oligarquías feudales, y no las burguesías locales, eran las clases sociales más ligadas al imperialismo. Frente al feudalismo y al imperialismo, se encontraban en contradicción las burguesías nacionales. A través de esa contradicción, ellos pasaban a ocupar un papel progresista en el desarrollo histórico. En consecuencia, el proletariado y naturalmente "el partido del proletariado", deberían apoyar a estas burguesías nacionales en su lucha patriótica contra el imperialismo y progresista contra el feudalismo. Así se consumaría la etapa burguesa de la revolución, que prepararía el camino para la etapa socialista y proletaria.

Tal caracterización de la revolución de la cual se desprendía una caracterización abstracta de las clases sociales en los diferentes países, contratada con la propia caracterización que había realizado

la III Internacional respecto a América Latina, *al incluirla dentro del problema colonial*. Caracterización que también era errónea, pues casi ninguno de los países del continente podía considerarse un país colonial, aunque todos eran dependientes. Pero en verdad no había ninguna consecuencia entre la caracterización de países coloniales y la proposición de una revolución democrático burguesa. Más bien, ese era un asalto a la lógica. Si se debía ser consecuente con esa caracterización previa de países coloniales, lo natural hubiera sido que se hubiera planteado para América Latina, la *necesidad de una lucha de liberación nacional*, la que por contenidos y objetivos es algo muy diferente a una revolución democrático burguesa.

Fue así como sobre la base de esta caracterización ideológica y "a priori" de la revolución, se elaboró el llamado esquema de las cuatro clases. Estas eran: la oligarquía feudal ligada al imperialismo; la burguesía nacional, progresista, democrática, antifeudal y antimperialista; el proletariado; y el campesinado.

En la práctica, las tres últimas, bajo hegemonía de la burguesía, deberían movilizarse en contra de la primera, la oligarquía feudal. Lo curioso, es que el Estado ruso, mientras había encarcelado y reprimido a los mencheviques, inducía en cierta medida, a los PC latinoamericanos, a adoptar en todas sus letras, el esquema menchevique de la revolución por etapas, independientemente de la específica realidad imperante en cada uno de los países latinoamericanos. Pero, la revolución democrática burguesa, como intentaríamos demostrar algo más adelante, no fue en ningún momento, la práctica objetiva que realizaron los PC latinoamericanos, sino que su pura práctica ideológica; esta última encubría a su vez otro tipo de práctica política, que en última instancia era, *la concertación de alianzas con cualquiera clase, aunque fuera dominante, dispuesta a favorecer las estrategias geopolíticas de la Unión Soviética durante y en los años inmediatamente siguientes a la Segunda Guerra mundial*.

Pero, volviendo a la apariencia ideológicas de la misma manera como en los años treinta los PC se habían movido en un universo conceptual simplificado al máximo, en un dualismo que sólo reconocía como clases reales al proletariado y a la burguesía, en y desde los años cuarenta, comenzaron a moverse en el esquema también simplista de las cuatro clases. Nuevamente la enajenación ideológica se sobreponía al análisis concreto de la sociedad. Nuevamente el carácter de una revolución determinaba el carácter de clase de la sociedad y no era el carácter de clase de la sociedad

el que determinaba el carácter de la revolución. Los partidos comunistas latinoamericanos ponían, o eran presionados a poner, a Marx sobre su cabeza.

IV

Que la ideología de la revolución democrático burguesa sólo fue una coartada ideológica, que no era en ningún caso el producto de una relación teórico-práctica de los PC latinoamericanos con la lucha verdadera de las clases, lo demuestra el hecho de que sólo en muy pocos países los PC se dieron a la tarea de movilizar al campesinado. En la medida en que se plantea una revolución democrático burguesa, ella sólo cobra sentido con la movilización del campesinado, pues de otra manera, no se comprendería el carácter antifeudal que esa revolución implica. Pero salvo el caso específico, y relativamente original del PC brasileño que autorizado a practicar la lucha armada en el agro, el trabajo político en el campo, en la mayoría de los PC del continente, ha sido prácticamente nulo, aun en países considerados tradicionalmente como agrarios. Ello demuestra, que las tareas históricas que demandaba una eventual revolución democrático burguesa, no fueron, y en muchos casos, ni siquiera intentaron ser cumplidas por estos PC. Pero eso demuestra por otra parte que *la revolución democrático burguesa no fue sino la forma ideológica que asumió otro tipo de alianza social y política, diferente a la que se postulaba*, a saber: establecer en planos locales, la concordancia que a un nivel mundial precisaba la política (geo-política) de la Unión Soviética, durante e inmediatamente después de la Segunda guerra mundial en relación con EEUU.

Ni siquiera el PC de Chile que fue el único que logró insertarse durante esos años en una amplia corriente policlasista y poliideológica, como fue el Frente Popular de 1938, desarrolló una efectiva política agraria. Por el contrario, las realizaciones industriales del así llamado Frente Popular, no sólo no integrarían al campesinado a un eventual proceso de transformación, sino que se realizarían, virtualmente, sobre la base de su más intensiva superexplotación.

Al insertarse en alianzas políticas y sociales que no contemplaban la integración del campesinado, *los PC del continente quedaron imposibilitados de coordinar una alianza obrero campesina que una revolución democrático burguesa no puede nunca soslayar*. Una revolución democrático burguesa, habría en verdad, significado postular la realización de reformas agrarias, reparticiones de

tierra y desarrollo tecnológico en el agro, que en términos económicos y políticos debería traer consigo el desplazamiento de los latifundistas. Pero en verdad, y como muchos autores han ya profusamente demostrado, los intereses de la supuesta "oligarquía feudal" no eran antagónicos a los de la también supuesta burguesía nacional. Muy por el contrario, *bajo el alero del proceso de industrialización "hacia adentro" que se realizó desde los años treinta, tiene también lugar un proceso de fusión de intereses entre las nuevas burguesías esencialmente industriales y los grandes propietarios agrícolas*.

Incluso, todoa aquel período, denominado eufemísticamente, de "sustitución de importaciones" no significó en la práctica más que la *canalización de excedentes desde largos años acumulados, por parte de la oligarquía agraria, hacia determinados y muy limitados espacios de reproducción industrial* (espacios que habían sido abandonados por los EEUU en virtud de la crisis cíclica mundial). Esto significa que sectores industriales de las burguesías de algunos países latinoamericanos, requerían imperiosamente de *una alianza económica* con los grandes propietarios rurales, en tanto estos últimos habían desarrollado desde largos años atrás una acumulación de excedentes a nivel local, indispensable para cualquier proyecto interno de reproducción del capital, por muy limitado que él fuera.

La transformación de parte de la renta de la tierra en plusvalía tendió a realizarse en gran parte del continente latinoamericano, no a través de un proceso de lucha abierta entre una burguesía industrial y los grandes propietarios agrícolas, sino a través de un proceso de asociación y asimilación recíproca.

Fue realmente notorio, en todos los países latinoamericanos en que tuvo lugar este proceso de industrialización, cómo en general los grandes latifundistas entraron a realizar inversiones en la actividad industrial, de la misma manera que los industriales entraron a comprar tierras y bienes muebles, como única alternativa de asegurar los excedentes que no tenían cabida dentro del muy estrecho espacio de rotación del capital, el cual se estrechaba aún más, debido a la estructura monopólica (estatal o privada) que desde sus comienzos adquiere la industrialización local.

El precio de la mencionada asociación de intereses o alianza económica de clases, o lo que es igual, la entrada de la burguesía local al bloque oligárquico de dominación, *fue la inalterabilidad de las relaciones de producción y de propiedad en el campo*.

Por otra parte, la lógica del incremento de la tasa de ganancia debe traer implícita la desvalorización progresiva de la fuerza de trabajo en la forma de depreciación de los salarios reales. Si los precios de los productos alimenticios se hubieran elevado, en demasía, esto habría traído por consecuencia, una natural presión de los obreros industriales para aumentar sus salarios. Se hacía entonces necesario que las burguesías industriales entraran a negociar con los latifundistas, la mantención de los precios de la producción agrícola. Esto pasaba necesariamente por la aceptación tácita de la más desenfundada superexplotación del campesinado.

De tal modo, que considerado el tipo de estructura social predominante, el llamado proceso de industrialización de los años treinta no era complementario a ninguna revolución agraria (y en consecuencias, a ninguna revolución antifeudal) como ocurrió en los países de desarrollo capitalista avanzado sino que, con base justamente en todo lo contrario: *la preservación e incremento de las más arcaicas y salvajes formas de explotación al campesinado*.

Esta nueva relación de alianzas en el interior del bloque dominante se realizó, en lo fundamental, a través de la utilización de los mecanismos, tantos financieros, tanto represivos, del aparato del Estado, el que entró en un proceso de fortalecimiento y consolidación, incluso, muchas veces con el consenso político que le otorgaban los Partidos comunistas.

De ahí que las alianzas políticas y sociales que postularon durante el período los PC latinoamericanos, tendieron a realizarse en contra de la lógica de una propia revolución democrático burguesa, en nombre, precisamente, de ella. En la medida en que los PC entraron a apoyar burguesías industriales que a diferencia de los países capitalistas avanzados no podían prescindir de su ligazón con el bloque oligárquico de dominación, cerraron las puertas a la movilización de los campesinos, sin la cual no podía existir ninguna tarea "antifeudal". Con esa práctica, colaboraron asimismo, a aislar al proletariado de su aliado más próximo y natural. Las represiones que sufrirían posteriormente los PC en casi todos los países latinoamericanos se entienden mucho mejor si se entiende el resultado de sus propias políticas que los condujeron a un virtual aislamiento social.

Aunque pensamos que esa proyectada revolución democrático burguesa no era viable, si los PC latinoamericanos hubieran sido consecuentes con ella, habrían dado por lo menos un paso adelante en lo que se refiere a la movilización del

campesinado, y sobre todo, en lo que se refiere al incremento de las relaciones obrero-campesinas. Pero si se dio un paso atrás no fue por intentar esta revolución democrático burguesa, como muchos piensan, sino que porque ella ni siquiera se intentó.

V

Otra de las contradicciones que se observan, tanto a nivel ideológico como práctico, en la política que pretendieron llevar a cabo los PC latinoamericanos, reside en que se presunta revolución democrático burguesa debía realizarse bajo la forma predominante de constitución de frentes populares.

La ideología oficial de los PC designaba con conceptos, no sólo diferentes, sino que abiertamente contradictorios entre sí, a sus políticas de alianzas.

Primero, aceptaron el esquema colonial de las clases sociales. Sobre la base de este esquema, fue superpuesta la concepción menchevique de la revolución democrático burguesa, y sobre ella, se levantaba la concepción europea, en su versión dimittroviana, de los Frentes Populares.

Independientemente a la corrección o incorrección de la política de los Frentes Populares en Europa, ellos fueron concebidos y comprendidos como un programa de alianzas de emergencia. Fundamentalmente, fueron concebidos como levantamientos de diques policlasistas y pluripartidistas, de carácter transitorio, y sobre todo, *defensivo*, frente al avance del fascismo.

Lo dicho significa que en la realidad original donde estos Frentes deberían surgir, se realizarían bajo la comprensión de que *no eran el resultado de un proceso revolucionario, sino que del desarrollo de un proceso contrarrevolucionario*.

He aquí entonces, que los seguramente perplejos PC latinoamericanos no se encontraban sorpresivamente frente a la disyuntiva de proclamar una revolución democrático burguesa, por una parte, y de proponer frentes defensivos, para realizar esa misma revolución. Al igual que la ideología de la revolución democrático burguesa, la tarea práctica de formar Frentes Populares, no era sino una *forma* que encubrían otro tipo de políticas, surgida de las necesidades internacionales de la URSS.

En ese contexto general, no extraña en absoluto que los PC en América Latina no hubieran podido impulsar revoluciones democrático burguesas ni tampoco formar verdaderos Frentes Populares.

Incluso el famoso Frente Popular Chileno, no fue tal sino en el puro nombre y en las puras formas. *Fue en verdad, primero una coalición electoral y después una coalición de gobierno entre partidos burgueses y partidos obreros bajo la hegemonía de los primeros.* Los Frentes Populares, en síntesis, concebidos inicialmente en Europa como alianzas defensivas frente a la contrarrevolución, fueron trasplantados, sin escrúpulos, a América Latina, como realizadores de una revolución democrática y burguesa. Pero al parecer, la búsqueda de la coherencia entre ideología y práctica no constituía una preocupación central de los PC en América Latina.

VI

Uno de los ejemplos más trágicos en lo que se refiere a la implementación de políticas no ligadas con la lucha de clases a nivel local, lo representa el PC argentino.

Durante el año 1946 se reflejaría en Argentina, más que en otros países, que la ideología de la Revolución democrática burguesa y la formación de Frentes Populares solo constituían agentes ideológicos de legitimación para la realización de prácticas sociales y políticas de contenido material muy diferente a las que esas mismas ideologías postulaban.

En pleno auge del movimiento populista del peronismo, en el seno del cual la burguesía industrial argentina (para los PC, burguesía nacional) buscaba, apoyándose en el innegable contenido popular e incluso proletario de ese movimiento, una representación política en el poder a fin de negociar en base a una fuerza de presión interna, frente al imperialismo, todo habría indicado, que siguiendo la lógica interna de una revolución democrática burguesa, el PCA debería haber apoyado, directa o indirectamente, al movimiento peronista. Pues bien, ocurrió justamente todo lo contrario.

El PCA calificaría a Perón nada menos que como fascista. No se trataba en todo caso, de ningún regreso a las prácticas sectarias de los años treinta (que el PCA había practicado en grado menor que los PC de otros países). El PCA no levantaría frente al "fascismo peronista" ninguna alternativa soviética, sino que mucho peor, entraría a formar parte de la Unión Democrática, conglomerado político que agrupaba a las fuerzas políticas más reaccionarias y pronomericanas del país. Esa extraña forma de levantar Frentes Populares, se conoce como la llamada política del "unionismo". Fue entonces cuando, sagazmente

Perón, levantó la alternativa (demográfica por supuesto) de Braden o Perón (Braden era el embajador norteamericano). Al apoyar a la Unión Democrática, el PCA elegía en esa alternativa a Braden contra Perón, arrancando la parte fundamental de las políticas que hasta entonces había levantado, esto es, las reivindicaciones nacionales de contenido antimperialista.

Con esa política, el PCA demostraba que era consecuente hasta lo último con la geo-política staliniana, en el sentido de apoyar a fuerzas políticas argentinas que favorecían en alguna medida la estrategia rusa de postguerra, a contracorriente de la propia historia y de la lucha de clases en su propio país. Aun levantando en las formas las tareas de una revolución democrática burguesa, el PCA actuaba en la práctica en contra de la factibilidad de esa revolución, si es que ella hubiera tenido algún grado de factibilidad. También, al formar parte de la reaccionaria Unión Democrática, actuaba en contra de la concepción de los Frentes populares.

Con esas políticas del PCA, el movimiento peronista encontraría el camino allanado para liquidar, en nombre nada menos que la lucha antiimperialista, las posibilidades de arraigo histórico de los comunistas argentinos, que desde entonces, y en gran medida gracias a esas prácticas suicidas, arrastran una impotencia osensible para levantar cualquiera política en el país, aun en el seno del propio movimiento obrero argentino.

Similar suerte, correría durante el mismo período, el PC cubano.

Cuando se levantó la política de los Frentes Populares en Europa, el PC cubano venía saliendo, al igual que los demás PC de América Latina del así llamado Tercer Período de la III Internacional, caracterizado por sus posiciones ultraizquierdistas y sectarias frente a los movimientos democráticos.

La aplicación de las políticas ultraizquierdistas le había costado muy caro al PCC. En efecto, había terminado aislándose de los verdaderos procesos revolucionarios que en Cuba habían tenido lugar durante los años treinta y que culminarían en agosto de 1933 con el derribamiento de la Dictadura de Gerardo Machado Morales y con el gobierno revolucionario popular de Grau-Guiteras.

Precisamente el PCC había negado inicialmente el carácter insurreccional a la huelga general que derribó a la Dictadura, pero lo habían negado nada menos que en nombre de la Revolución Proletaria y socialista. En verdad en el desarrollo de esos acontecimientos, el proletariado cubano no había alcanzado la hegemonía y estaba lejos de alcanzarla. Ella residía en la pequeñoburguesía

revolucionaria representada en el Directorio Revolucionario Estudiantil. No estaban dadas, en consecuencia, a través de ese movimiento antidictatorial, las condiciones para una revolución socialista. Pero ello no quiere decir que no estuvieran dadas para una *revolución popular* como fue efectivamente la que se produjo. Si el PC cubano hubiera participado en ella, por lo menos podría haber fortalecido esa revolución en contra de sus enemigos, y permitido al mismo tiempo, que el proletariado cubano hubiera ganado más posiciones dentro del contexto popular, formado por la pequeñoburguesía, las capas medias y los "pobres no proletarios del campo y de la ciudad". Ese era en verdad el único contexto donde el proletariado cubano podía realizarse como clase revolucionaria. Pero las políticas sectarias practicadas durante esos años por el PCC, *separarían la dimensión popular de la dimensión proletaria*, aislando al proletariado que seguía al partido, de la verdadera y concreta forma que asumía la lucha de clases en ese período.

Ahora bien, cuando fue levantada en Europa la política de los Frentes Populares, las cosas parecieron de pronto facilitársele al PCC, dado que durante ese período ragía la dictadura de Batista, que si bien había tenido un origen relativamente popular, cada vez más se parecía a la de Machado. Tal dictadura no era precisamente fascista, aunque tenía rasgos fasoistas; pero un Frente Popular en Cuba, podría tener la propiedad de unir a todas aquellas dispersas fuerzas que comenzaban a cristalizar en contra de la dictadura. Así, justo cuando el PCC hacía intentos para concertar algún tipo de alianzas, con los mismos movimientos democráticos que antes había combatido, debió, casi repentinamente, ajustar su política, a los lineamientos políticos de la Unión Soviética en la guerra y post-guerra.

De tal manera, en la medida en que Batista estaba dispuesto, no seguramente por su antinazismo sino que por su subordinación a Estados Unidos, a apoyar las fuerzas aliadas, el Frente Popular cubano, debería ser realizado nada menos que con la dictadura, en el propio aparato del Estado, donde el PCC llegaría a obtener dos Ministerios.

Así, la subordinación a la geopolítica soviética determinó que partidos comunistas obreros como el cubano y el argentino hubieran debido unirse con las fuerzas políticas más reaccionarias, proimperialistas y antiobreros de sus respectivos países.

Naturalmente la guerra mundial era una realidad dominante. Una responsabilidad internacionista obligada no sólo a los PC sino que a

todas las fuerzas progresistas del planeta a tomar posiciones frente a un enemigo que en aquel entonces era el fundamental: la agresión nazi fascista. No se podría criticar en consecuencia a los PC de América Latina por haber tomado posiciones frente a ese problema decisivo. Pero lo que sí era cuestionable fue la realización de alianzas antinazi, sin apoyarse en las fuerzas populares ni en los movimientos proletarios sino que con fuerzas reaccionarias por la única razón de que apoyaban al oloque aliado porque en él se encontraban los estados soviéticos. Aun más, era también legítimo para esos partidos que hubieran apoyado cualquier posición antinazi de esos gobiernos reaccionarios en la medida que ella hubiera contribuido a debilitar el frente nazifascista. *Pero una cosa son los pactos puntuales y otra muy distinta, las alianzas estratégicas en donde se comprometen principios e incluso la suerte histórica de partidos que originariamente habían surgido con propósitos muy diferentes a servir de meros puntales locales a estrategias que se medían a escala mundial y en cuya gestación ellos no participaron.* Dicho brevemente: era natural, lógico y necesario que los PC hubieran respaldado cualquier iniciativa realizada por cualquiera fuerza social o política, aún por gobiernos como el de Batista, en contra del nazismo. Pero ello no los obligaba necesariamente a concertar alianzas con fuerzas reaccionarias o con dictaduras y mucho menos a entrar a participar en ellas, como efectivamente ocurrió en Cuba.

VII

Una de las pruebas más concretas de que la llamada revolución democrático burguesa y la Constitución de Frentes Populares, dos postulados, como hemos visto, contradictorios entre sí, no fueron más que fórmulas ideológicas de legitimación para prácticas políticas de contenido diferente a esos mismos postulados, los encontramos durante la época en los planteamientos del PC norteamericano, expresados por su Secretario General Earl Browder, después de la guerra. Como se sabe, el PCNA ejercía liderazgo ideológico sobre los PC latinoamericanos, sobre todo en los PC de América Central.

Los puntos centrales del "browderismo" eran: 1.—La contradicción fundamental entre el mundo socialista y el capitalista ha dejado de ser dominante. 2.—Se abre un período de colaboración entre Estados de distinta naturaleza política y social que crea nuevas condiciones para el desarrollo de la sociedad en los países capitalistas.

3.—Las condiciones externas mencionadas, se deben traducir en colaboraciones de distinto tipo entre el sector del capital y el del trabajo en los países capitalistas.

Con terrible brutalidad Browder no hacía más que expresar, en toda su desnudez, la verdadera ideología que regía la política de los PC latinoamericanos durante el período. Cuando, por mediación del PC francés, Browder fuera desautorizado por Stalin, muchos PC latinoamericanos culparon al browderismo, debido a la influencia que había ejercido sobre ellos (influencia que provenía del traspaso de influencia de la URSS al PC norteamericano relativo a los problemas latinoamericanos) de las enormes desviaciones políticas en que habían incurrido durante el período de la guerra. Pero ésta no fue más que una coartada destinada entre otras cosas a evitar la crítica-autocrítica de las políticas que llevaron a cabo y sobre todo, a evitar la crítica a la política internacional del período ataliniano. Browder no fue más, en ese sentido, que un chivo expiatorio. El "error" de Browder fue haber planteado la política internacional del stalinismo tal como había sido realmente, sin dobleces ideológicos, ni demasiadas citas de los clásicos del marxismo. Browder no disfrazó la geopolítica del período staliniano ni en la forma de revolución democrático burguesa ni en la forma de Frente Popular. En cierta medida, deísmificaba al stalinismo, despojándolo de ciertas formas marxistas, expresándolo tal como era. Pero eso el stalinismo no lo podía soportar. *La astucia histórica de los centros de poder reside en el recurso de la ideología.* En nombre del marxismo leninismo y del internacionalismo proletario, los comunistas latinoamericanos habían mantenido la buena conciencia para realizar alianzas políticas, por más extrañas que ellas fueran, demandadas por la geopolítica staliniana.

VIII

Las imposibilidades objetivas de concertar los postulados internacionales de la Unión Soviética con una política realista en el continente latinoamericano, condujo en última instancia, a que las prácticas de los PC se redujeran solamente a mínimos objetivos destinados a asegurar su supervivencia. Como esta supervivencia no podían asegurarse a través de principios políticos, los principios organizativos, y las relaciones jerárquicas no hipertrofiaron, casi a la par de su imposibilidad de insertarse en los movimientos de masas. *Las concepciones organizativas que en virtud de concretas apreciaciones políticas, y para un período deter-*

minado de la lucha de clases en Rusia, fueron concebidas por Lenin, llegaron en los PC latinoamericanos a ser elevadas a categorías de principios universales e inmutables, en nombre de las cuales se practicaba el más cerrado centralismo antidemocrático. El principio de supervivencia organizativo trae consigo, inevitablemente, la burocratización de las estructuras partidarias, la cual se reproduce hasta en las escalas jerárquicas más inferiores. Así, la vida crítica, que es la condición primaria de la vida militante, desaparece por completo. El marxismo, dentro de estos partidos, se transforma en una ideología cerrada, incapaz de aprehender la novedosa realidad socioeconómica del continente. La crítica se convierte así en "desviación pequeño burguesa", o simplemente en el peor de los pecados, acreedor a todos los castigos sobre la tierra: trotsquismo. El marxismo sería así reducido a sus formas más rutinarias y pobres, cayendo, en manos de estos partidos, en una situación de estancamiento, o dicho en forma algo metafórica, de subdesarrollo.

Como en un círculo vicioso, la atrofia de la crítica, conduce a un aislamiento mucho mayor por parte de estos partidos furente a los movimientos sociales, que casi siempre escapan a su control. Aun en los períodos en que los PC se han encontrado abiertos a practicar alianzas políticas, siempre les ha rodeado un clima de desconfianza que en gran medida es producto del anticomunismo oficial, pero al cual ellos han aportado una gran cuota para reforzarlo. Cerrados a la democracia interna, no pueden insertarse con fuerza en las periódicas luchas democráticas que sobrevienen en los países del continente. Pese a que salvo raras excepciones se trata de partidos pequeños, carecen de flexibilidad e imaginación para desarrollar formas creadoras en la confrontación de clases. La maquinaria burocrática es por lo general lenta, pesada. Los Congresos se transforman en Concilios. Por extraño azar, nunca surgen tendencias, ni siquiera opiniones muy diferentes. Los informes, por lo común síntesis final de monocordes repeticiones, son siempre aprobados por unanimidad; el secretario general unánimemente reelegido; la política, por mas compleja que ella sea, se encuentra sobredeterminada; todo explicado antes de que ello ocurra. La imagen de democracia que despliegan hacia afuera, es realmente deprimente. En esas condiciones, el propio esfuerzo por asegurar la supervivencia interna a través del predominio del ejercicio burocrático, se transforma en una dificultad para asegurar la supervivencia dentro de la "sociedad exterior". Dicho de otra manera, la enajenación ideológica

impide una actividad real concreta de sus militantes. Este impedimento, ha buscado ser llenado por un empirismo o practicismo puro, y su mejor expresión se encuentra en la actividad sindical que tales partidos desarrollan.

Cual más cual menos, todos los partidos comunistas latinoamericanos tienen un apoyo sindical, sobre todo entre los sectores más organizados de la clase obrera, que por lo general son también, extremadamente monoritarios. Incluso, algunos de estos partidos comunistas, pueden ser considerados como una suerte de partidos-sindicales. Esto sucede porque en el marco del sindicalismo "puro", la lucha política no juega un papel tan decisivo como la capacidad de maniobra, de control y de manipulación para los objetivos derivados de la negociación de la fuerza de trabajo. Sería interesante analizar en este sentido, hasta qué punto la relativa importancia política que alcanzó en PC en Chile se encuentra directamente relacionada con su acoplamiento en movimiento sindical verticalmente organizado, en un país donde la clase obrera alcanzó niveles comparativamente mayores de organización económica en relación con otros países del continente.

La pura lucha económica dentro del sindicato se presta para el desarrollo de una práctica proletaria no revolucionaria. A su vez la misma estructura organizativa de los PC latinoamericanos se encuadra con el tipo de estructura sindical que predomina en el continente, es decir, verticalizada y extremadamente jerarquizada, sobre todo entre los minoritarios sectores del proletariado industrial. Pero por esas mismas razones, la inserción de los PC entre los sectores obreros de menor organización sindical, es decir, los mayoritarios, es muy precaria. Ni hablar de su inserción en el movimiento campesino, ni mucho menos entre los explotados no proletarios de la ciudad y el campo.

Como se comprende, el proletariado sindicalmente organizado llega a transformarse en una "isla social" si su actividad de clase no se encuadra en el marco general de todo el universo explotado, aunque eso no sea objetivamente proletariado, es decir, la inmensa mayoría de la población latinoamericana.

Es precisamente el intento de cruzar la abstracción de posiciones ideológicas que no corresponden a la realidad, con la empiria sindical, esto es, con la lucha no política de sectores del proletariado, lo que ha llevado a caracterizar a estos partidos como reformistas en la medida en que proyectan *la condición no política* de esos sectores, en su concepción de la lucha de clases. Pero el reformismo no es la política de los PC en Latinoamé-

rica. Es más bien, *el resultado objetivo de su política*. La práctica política reformista, sobre todo dentro y como todo dentro y como representación de los sindicatos, es, sumariamente dicho, *la consecuencia de la imposibilidad de aplicar a la realidad, concepciones políticas que fueron elaboradas haciendo abstracción de ella*. La actividad sindical de los PC latinoamericanos resulta como un recurso último para su supervivencia social y para su auto-comprensión como "partido del proletariado", que por lo general no es sino un partido *en un sector del proletariado*. O lo que es similar, no es la actividad práctica del partido la que ha guiado la actividad cotidianamente tradeunionista de la clase, sino que esta última la que ha terminado guiando, la actividad práctica del partido.

IX

El carácter exógeno, y puramente ideológico que ha asumido el marxismo en América Latina, se debe, entre otras razones, a que durante mucho tiempo, el epicentro del socialismo residía en el desarrollo económico y político de la URSS. No había muchas posibilidades de elección. La Segunda Guerra terminó por ahogar las críticas que se levantaban contra las aberraciones del stalinismo. En el medio de una guerra decisiva para el planeta, la crítica al stalinismo amenazaba con transformarse en crítica reaccionaria. El pensamiento se militarizó incluso. Obedecer, callar, cumplir. Hoy afortunadamente no vivimos en esa terrible encrucijada. Han surgido nuevos países que han proclamado otro socialismo, y otros dogmas también; algunos, como en el caso chino, muy similares a los del período staliniano durante los períodos de la desviación sectaria de la Tercera Internacional (social-democracia igual social-fascismo; hoy, Unión Soviética igual socialimperialismo). Pero cuando hay más de dos dogmas, no sólo se puede rechazar uno, sino que rechazarlos todos. La diversidad de religiones, abre la posibilidad del ateísmo. Pero al lado de los dogmas, surgen las herejías. Benditas herejías, porque la realidad nunca, en la medida en que se desarrolla, es completamente ortodoxa. Poco a poco, las herejías abandonan los escritorios de pensadores solitarios, y se transforman en movimientos concretos. Ayer, el germen de la rebelión social antistaliniana en condiciones imposibles, latía en Hungría, después en Checoslovaquia, quizás mañana en el combativo movimiento obrero de Polonia. Fidel Castro y el Che Guevara intuyeron, durante la década de los sesenta, que la realización del socialismo en Cuba residía en la

posibilidad del socialismo latinoamericano, que contradecía la geopolítica soviética. Tuvieron que callar, el uno en el silencio de la política y la diplomacia; el otro en el silencio de la muerte, luchando contra la naturaleza y la historia. Los movimientos estudiantiles en Francia mostraron que Europa no sólo era una espectadora del Tercer Mundo, y justo cuando muchos creían que esos movimientos de estudiantes igualitarios eran un simple capítulo sin continuación, sus propios impugnadores, los partidos comunistas, sobre todo en Italia, Francia, España, comienzan a levantarse como alternativa frente a la Unión Soviética, buscando unir las dimensiones de la lucha democrática, la lucha obrera y la lucha socialista, partes de un todo que el período staliniano atomizó, hasta hacerlos aparecer como contradictorios entre sí. El fantasma del eurocomunismo asusta a la burguesía mundial tanto como a los bonzos del viejo marxismo religioso. Por mientras, los pueblos en América Latina, están más aplastados que nunca. Sus izquierdas en crisis, traumatizadas, sólo atinan a repetir, como sonámbulos, las viejas frases del pasado. Pero llegará el día, que duda cabe, en que nuevamente las masas exijan su lugar en la historia latinoamericana. Necesitarán de nuevas ideas, de nuevas políticas. Pero ellas no pueden surgir de la nada; surgirán del movimiento concreto que asuma la lucha de clases por una parte, y por otra de la autocrítica del pasado. *Esa última tarea es urgente.*

Hoy, por lo menos, no existe un único epicentro del socialismo. En ese sentido, es necesario reconocer y admirar a quienes ayer, en condiciones tan desiguales buscaron levantarse como alternativa dentro del marxismo, al stalinismo, fundamentalmente la actividad de los trotskistas. Sin embargo, el trotskismo, no fue una verdadera alternativa al stalinismo, o si se prefiere, se desarrolló sólo como una alternativa ideológica. Como izquierda comunista no cruzó, y pensamos que no podía hacerlo, el límite de *un movimiento ideológico de reforma*. Hoy en perspectiva, lo podemos considerar incluso como un movimiento de reforma (frente a la Unión Soviética, se entiende) que puede llegar a ser un precursor (en la medida en que se lo comprenda históricamente) de los futuros movimientos socialistas revolucionarios. O dicho de otra manera, una verdadera superación ideológico-práctica del stalinismo reside también en la superación positiva de aquellas corrientes ideológicas, que planteándose en contra de éste, se encuentran también frente a él, indisolublemente unidos.

En este sentido, hay una relación desproporcionada, entre la importancia del trotskismo como

organización política práctica y su influencia ideológica. Mientras los PC en América Latina por lo menos, lograron afincarse organizativamente, sin expandirse ideológicamente, el trotskismo (quizás gracias a la fuerza de atracción de ese gigante del pensamiento que fue Trotski) lograba expandirse ideológicamente, pero, carente de respaldo social, no logró (salvo excepciones como Bolivia) afincarse organizativamente.

De ahí que el trotskismo como ideología sea mucho más importante que el trotskismo como organización (incluso nos atrevemos a creer que el trotskismo ideológico es distinto al trotskismo de sus propias organizaciones). En verdad, las organizaciones trotskistas, nunca han pasado de ser pequeñas sectas de revolucionarios apasionados por reivindicar un pasado que les fuera tan brutalmente expropiado por la dictadura de Stalin.

No obstante, las formulaciones ideológicas trotskistas, pese a su coherencia interna, resultante de una fidelidad casi literal al marxismo clásico, no han podido, al igual que el stalinismo, insertarse en la realidad concreta, conservando al igual que éste, el carácter de una ideología cerrada, obstracta, y desligada de la específica realidad latinoamericana. Mucho más fieles que los postulados stalinianos a los planteamientos generales del marxismo, han sido igualmente infieles a los postulados de la realidad concreta, no logrando tampoco traducir la teoría general a los requerimientos de una realidad social diferente adonde sus postulados históricos tuvieron origen.

El stalinismo en la Unión Soviética y fuera de ella, no sólo congeló al marxismo y canonizó a Lenin (arrancándole a este último su mejor cualidad: el realismo táctico) para transformarlo en un dogma funcional, bajo la forma de "marxismo leninismo", sino que además aoperó en el sentido de paralizar las alternativas que como el trotskismo (este "ismo" es también un producto y creación del stalinismo) se levantaban en Rusia, dentro de la izquierda bolchevique. El "leninismo" esto es, la ideologización santificada de las diversas políticas que desarrolló Lenin, se transformó en, o en una de las, ideologías del sistema dirigido por Stalin, quien pasó a identificarse como defensor sobre la tierra de una suerte de marxismo-leninismo religioso. En el proceso de religiocización del marxismo, el trotskismo pasó a ser la representación del "mal". En trotskismo así, manipulado por la burocracia staliniana, transcendía a Trotski, de la misma manera que el leninismo transcendía a Lenin. El marxismo-leninismo pasó a ser la legitimación de los actos de Stalin y su burocracia en el poder. El trotskismo,

todo lo que estaba en contra de Stalin en la consolidación de su poder. Los partidarios de Trotsky, y quizás el mismo Trotsky cayeron en la trama. Al autocomprenderse como "trotskistas", aceptaban, sin darse cuenta, las reglas del juego impuestas por Stalin.

A pesar de su espantosa derrota sufrida frente a la burocracia staliniana, Trotsky y su fracción siempre entendieron que habían perdido una batalla, pero no la guerra. En consecuencias, su destino político sería librar muchas batallas, en Rusia y fuera de Rusia, en contra del stalinismo, a fin de ganar la guerra final. Stalin se les representó como un usurpador al trono del proletariado. El trotskismo no se planteó la posibilidad de que la burocracia staliniana hubiera podido erigirse, no sólo con base en intrigas palaciegas, sino que sobre bases materiales, políticas y sobre todo sociales, muy concretas, entre las cuales se contaba el apoyo del proletariado, o aquellas de sus fracciones que encontraban un hueco privilegiado en el acelerado proceso de acumulación-industrialización que tenía lugar en Rusia. O lo que es similar, que la consolidación en el poder de Stalin, si bien no interpretaba los intereses históricos finales (comunistas) del proletariado ruso, surgía apoyándose en sus intereses inmediatos, esto es, en las reivindicaciones económicas no necesariamente políticas ni tampoco socialistas de algunos sectores del proletariado ruso. No obstante el trotskismo, como tendencia primero, como fracción o como Internacional, necesitaba para su propia comprensión política, y organizativa, que eso no fuera así. En la medida en que Stalin se les representaba sólo como un "usurpador" o un "traidor" de la clase obrera, se suponía de inmediato que debía existir una contradicción necesaria e insoluble, subjetiva y objetiva, entre la clase obrera y la burocracia. O dicho esto en términos economicistas (de los cuales el trotskismo nunca ha podido desprenderse), entre la base económica social y la superestructura jurídico-política. Por consecuencia, en última instancia, la superestructura debería entrar en correspondencia con la base económica material de carácter socialista. Stalin, y la burocracia, sólo serían así considerados como una superestructura en no correspondencia con la base económica-material, como un injerto, como un cuerpo extraño, en el conjunto de la anatomía socialista. Precisamente en esa caracterización residía la razón de ser histórica del trotskismo, el cual se autocomprendió como la legítima sucesión de Lenin en la dinastía socialista, esto es, como la superestructura adecuada a la infraestructura. En esa futura readecuación residía la esperanza y el optimismo de los

trotskistas. La misma calificación de estados obreros deformados o degenerados contenía la apenas oculta esperanza subjetiva de que llegaría el día en que la clase obrera rusa tomaría conciencia de que estaba siendo traicionada, y expulsaría del poder a las deformaciones burocráticas. El trotskismo como organización que proviene desde fuera de las masas, según la antigua concepción kautzquiana de Lenin (y de la cual tanto provecho sacaría Stalin) sería encargado de revelar, y conducir, en la ideología y en la práctica, la lucha antiburocrática.

Probablemente estas caracterizaciones, en un sentido táctico-inmediato, eran correctas políticamente, cuando los trotskistas constituían en verdad la izquierda comunista y se encontraban en plena lucha con las demás fracciones del bolchevismo. Así, la "reforma antiburocrática", se entiende perfectamente, esto es, como recurso táctico en la lucha interna de fracciones en un partido en el poder. Por ello también se explica que Trotsky concediera primacía al análisis psicológico de los contrincantes más que al análisis económico y político objetivo. El era de sobra capaz de hacer ese análisis. Si no puso acento en él, hay que explicárselo en el marco de sus perspectivas políticas inmediatas. Pero con el transcurso del tiempo, cuando estas "deformaciones" cristalizaran no sólo en el Estado, sino que en la propia sociedad, es decir cuando conformaron abiertamente un *sistema*, estas caracterizaciones originales, repetidas posteriormente, desprovistas de su contenido político inicial, apenas constituirían pálidos reflejos de las luchas del pasado, y los trotskistas después de Trotsky, deambularían aplastados por el peso de una historia que se había vuelto antigua.

El trotskismo, como el stalinismo, no pudo evitar desarrollarse, casi exclusivamente, en función del epicentro ruso.

El trotskismo, en alguna medida, ha llegado a identificarse con la teoría de la revolución permanente, originariamente planteada por Marx y después por Parvus. Pero la teoría de la revolución permanente fue sistematizada por Trotsky, fundamentalmente desde la perspectiva de la Revolución Rusa. Esto quiero decir, que el socialismo en Rusia solo podía llegar a realizarse verdaderamente en la medida en que fuera parte y al mismo tiempo condición de la revolución socialista a escala mundial. Verdaderamente este constituye uno de los puntos centrales de coincidencia entre Lenin y Trotsky. Ni Lenin ni Trotsky concibieron la realización del socialismo a escala nacional. Pero Lenin puede ser considerado, también antes de la

revolución de octubre, como un defensor de la revolución por etapas, tan combatida posteriormente por los trotsquistas, cuando Stalin la estableciera como principio universal e inmutable. En verdad Lenin, antes de la revolución soviética, no ve muchas posibilidades a escala local, para un inmediato curso socialista de la revolución. Aquello que lo diferenciaba fundamentalmente de los mencheviques no era el problema del carácter burgués democrático de la próxima revolución, sino el problema relativo a *que clase* debía dirigir esa revolución burguesa en sus contenidos. Para Lenin, dada la especificidad de las condiciones económicas y sociales en Rusia, esa revolución burguesa debería ser conducida por el proletariado en alianza con el campesinado (ocupando también un lugar importante en la alianza revolucionaria "los pobres del campo y la ciudad"). Sólo luego de la realización de esa revolución burguesa por el proletariado y sus aliados naturales, se crearían las condiciones objetivas para pasar a una etapa histórica superior. Pues en Lenin, las etapas o la permanencia e ininterrupción de la revolución no estaban determinadas por una doctrina, sino que económica y políticamente determinadas por el desarrollo objetivo de las fuerzas productivas, por la correlación internacional de fuerzas, y por la correlación de fuerzas a escala local. Por esas razones, cuando durante y después de la revolución de octubre donde el proletariado ruso reveló un potencial de acción y organizativo (insospechados para el mismo Lenin) y debido a que el proletariado europeo entraba en una de sus fases ascendentes en la lucha (ascenso al que la propia Revolución Rusa le daría un fuerza mucho mayor) es que Lenin previó, que esa revolución burguesa conducida por el proletariado podría enriellarse inmediatamente en la fase socialista, pero en cualquier caso, siempre como condición y parte ineludible de la revolución europea.

Hoy en día todos sabemos que la inmediata condición leninista-trotsquista del salto de Rusia al socialismo, la revolución internacional, no se produjo. El socialismo en Rusia fue concebido como un cheque a plazo a cuenta de la revolución europea. En la medida en que no se produjo el enlace inmediato entre revolución nacional y revolución internacional, el cheque quedaba impago.

Desde esa perspectiva, el stalinismo puede también ser considerado como el *congelamiento de la revolución nacional* que no pudo articularse inmediatamente con un proceso internacional que había ya dejado de situarse a la orden del día. O lo que es similar, significó el forzado regreso a la realidad inicial, en la cual, según una opinión que

viene abriéndose lentamente paso y que es conveniente poner a prueba científica, comenzaron sobre la base del desarrollo de las fuerzas productivas, bajo la hegemonía del Estado burocrático-militar, a configurarse las formas de un modo de producción inédito, que nada tiene que ver con el capitalista pero que también está alejado de la concepción (por lo menos marxista) del socialismo, donde el socialismo sólo sería su ideología, de manera quizás similar a como el liberalismo puede ser la ideología del capitalismo monopólico.

Desde este mismo punto de vista, el trotsquismo surge como el sueño socialista no realizado de una revolución proletaria en el marco del capitalismo atrasado ruso que si bien estaba en vías de superación histórica, no podía, debido a una compleja red de condiciones objetivas y subjetivas, locales e internacionales, traspasar el patio del socialismo.

De este modo, en tanto los trotsquistas comprendieron que la revolución socialista rusa solo era posible en el marco de la revolución mundial, se convirtieron en los eternos propagandistas de esa revolución mundial, y, ahí reside su fijación en el problema ruso, que le devolvería a la revolución soviética su carácter ininterrumpido, que la desbloquearía del marasmo nacionalista en que fue encerrada, según ellos *por* Stalin (según nuestra interpretación *con* Stalin) y que en consecuencia, haría saltar por los aires sus tapones burocráticos, prosiguiendo el desarrollo al que estaba predestinada desde un comienzo.

En esas condiciones, el marxismo despegó de la realidad y se transformó, en manos de ambas fracciones en pugna, en pura ideología. El stalinismo consagró dificultades objetivas como virtudes. Al programa de acumulación en función del levantamiento de la industria pesada, lo calificó como método óptimo de construcción del socialismo en un solo país. Lenin por lo menos nunca hizo algo parecido. En esa desnuda, a veces brutal franqueza, se encuentra quizás lo mejor de la política de Lenin. Cuando en los años 20 fue necesario impulsar la Nueva Política Económica, nunca Lenin la consagró como el camino óptimo para la construcción del socialismo, sino que como el único camino posible dadas las condiciones imperantes en un país devastado por la guerra y el aislamiento internacional, y esto significaba en su concepción, el desarrollo de un capitalismo de Estado, transitorio, en tanto se superaran las condiciones del atraso y del aislamiento económico. El mismo Trotsky, con sus proyectos de militarización del trabajo, sería un colaborador fiel de Lenin en sus programas económicos de emergen-

cia. La perversión ideológica del stalinismo reside, por el contrario, en haber elevado las dificultades objetivas del desarrollo económico de la revolución rusa a categoría de principio y necesidad del movimiento comunista mundial, bajo la fórmula ideológica de "construcción del socialismo en un solo país".

El trotsquismo por su parte levantó, en oposición al stalinismo, la tesis de la revolución permanente mundial, aun cuando la realidad mostraba que esa revolución mundial estaba bastante de lejos de concretarse. Ilusionados por la esperanza que desprendían de su propia ideología, comenzaron a ver, en cualquier movimiento obrero, de cualquier lugar del mundo, un complemento para esa revolución mundial. Si las revoluciones e insurrecciones obreras no eran viables, ello ocurría simplemente porque las diversas burocracias stalinistas no se encontraban nunca a la altura de las circunstancias históricas requeridas. En verdad, realizaron una proyección de la percepción que poseían del problema ruso, hacia el resto del mundo. Así, las masas obreras se les representaron casi en todas partes, en una permanente disposición revolucionaria y socialista. Si los movimientos de masas fracasaban, ello se debería fundamentalmente a "la traición de sus conducciones burocráticas", aunque estas jugaran solo un ínfimo papel. *Llega a desarrollarse de este modo, una suerte de teología obrerista según la cual el proletariado se presenta siempre en su condición revolucionaria, unida a una fatalidad histórica determinada por la presencia inefable de las burocracias stalinistas. Este sistema sobredeterminado de explicación, que elude siempre la consideración de un proletariado real para reemplazarlo por un proletariado ideológico e idealista*, influiría notoriamente incluso a sectores no trotsquistas que buscaban al mismo tiempo levantarse como alternativa a los PC. De ese corte ha sido por lo menos, la explicación que han dado los sectores de izquierda de la UP y fuera de la UP, de Chile, para explicar la enorme derrota sufrida en ese país.

La teoría de la revolución permanente se elevó así de su propio espacio y tiempo, de la misma manera que la concepción stalinista de la revolución por etapas. Cuando los stalinistas decían por etapas, los trotsquistas respondían permanente. Cuando los stalinistas decían burguesa, los trotsquistas respondían proletaria. Cuando los stalinistas decían democrática, los trotsquistas respondían socialista. En el tacticismo oportunista de los PC, los árboles no dejaban ver el bosque. En la visión cósmica e ideológica de los trotsquistas, el bosque no dejaba ver los árboles. El marxismo, de

este modo, teologizado, perdió su eficacia práctica. El carácter de clase de cada sociedad aparecía para estas dos posiciones ideológicas determinado por el carácter de una revolución, prefijado de antemano, en el mundo del cálculo geopolítico, o en el mundo de la lógica pura donde habitaban clases ideales.

¿Qué puede entonces extrañar que ninguna organización latinoamericana que se reclame marxista haya podido entregar una interpretación, una sola que analice las diferentes clases sociales y fracciones de clase que imperan en el Contiente? ¿O de que nadie sepa a ciencia cierta cuál es el modo de producción dominante en cada país? ¿O de que tipo de Estado existe? ¿Y es posible sin determinar estos aspectos fundamentales determinar el carácter de una revolución? Sin embargo, así se ha hecho.

La realidad concreta fue abiertamente sacrificada. Como en Bizancio, enfermo de discusiones teológicas acerca del Padre que es Hijo o del Hijo que es Padre, entraban, en los círculos marxistas, los conceptos despojados de realidad. La permanencia o lo etapizo a la eventual revolución se analizaban siempre a través de la pura lógica interna de cada concepto. Así, no sería extraño, que la más profunda revolución que haya existido en el continente latinoamericano, la cubana, tuviera que provenir por canales distintos a esa tradición marxista bloqueada. Pero esa misma tradición, no perdonaría a la Revolución Cubana por haber surgido de la realidad concreta. Para unos sería una comprobación de la revolución en etapas. Para otros, una revolución en el marco de la revolución permanente. Y quienes no concordaban con las interpretaciones surgidas en el período staliniano, no tenían otros instrumentos teóricos que los del trotsquismo. Es decir, la otra cara de la medalla, o de una misma tradición.

X

La Revolución Cubana es el resultado de un muy largo proceso histórico cuya culminación y no su inicio fue la lucha *democrática armada* desarrollada por Fidel Castro a través de la guerrilla rural.

Este proceso revolucionario encuentra sus antecedentes lejanos en la tardía independencia de Cuba respecto a España, a fines del siglo pasado. Tal independencia porque fue tardía en relación con la alcanzada por los demás países latinoamericanos, o quizás debido a que fue tardía, significó un paso adelante respecto a otras naciones, en tanto en Cuba la lucha emancipadora tomó el

carácter de lucha entre clases, y en la mayoría del continente, de lucha dentro de una clase.

La lucha por la independencia en Cuba logró formar un bloque social de *liberación* constituido por sectores de la burguesía, pero también por sectores populares como la pequeñoburguesía y el campesinado, e incluso tuvieron participación en él, sectores del proletariado. La formación de este bloque social de liberación nacional, permitió que al mismo tiempo se estableciera una relación con las luchas democráticas y populares que futura-mente debieran librarse en el interior del país. Este es, probablemente, el rasgo más específicamente cubano de los futuros procesos revolucionarios que tendrían lugar en Cuba.

Pero los antecedentes más concretos de la Revolución Cubana hay que encontrarlos en el proceso de lucha, periódicamente interrumpido, que desde los años treinta, en un contexto democrático popular, desarrolló el pueblo cubano.

Antes y después de la dictadura de Machado, quien sería derribado en agosto de 1933, se desarrolló en Cuba un proceso democrático y popular en donde el movimiento estudiantil, en su forma de Directorio Revolucionario, tomó la conducción. El bloque revolucionario estaba fundamentalmente formado por la pequeñoburguesía urbana en su forma estudiantil e incluso militar (movimiento de oficiales de baja graduación) contando con el apoyo inorgánico de vastos sectores sociales no proletarios. El proletariado, en una forma, predominantemente sindical formaba también parte del bloque jugando un papel decisivo en la caída de la dictadura. Pero debido a condiciones organizativas (insuficiente desarrollo cuantitativo) y subjetivas (ineficacia de sus eventuales conducciones políticas) no logró alcanzar su hegemonía de clase en el bloque revolucionario.

La primera dictadura de Batista (1934-1944) primero gobernando a través de marionetas, después directamente, representó el cambio de hegemonía en el interior de bloque revolucionario, donde la pequeñoburguesía revolucionaria entró a ser desplazada por representantes objetivos de la burguesía y el imperialismo, al amparo de un gobierno militar que arbitró sobre un amplio complejo social, inclinándose progresivamente en favor del antiguo bloque dominante, a través de la reconstitución del antiguo Estado dictatorial. La revolución democrático popular sufrió un proceso de desnaturalización progresiva que se expresó en el reforzamiento del aparato del Estado y en la institucionalización de los partidos y movimientos surgidos al calor de la lucha de masas de los años treinta.

Detrás del Partido Revolucionario Cubano de Grau San Martín que se pretendía heredero de las luchas revolucionarias de los años treinta, entraron a aglutinarse representantes del imperialismo y de la burguesía. Lo mismo ocurrió con las fuerzas sociales que apoyaban al Ejército. Las pugnas entre ese partido y la dictadura militar de Batista (pugna que domina gran parte de la historia prerevolucionaria de Cuba) era en lo fundamental una pugna en el interior del bloque dominante, en lo que se refiere a las formas políticas de dominación, pero que no cuestionaba en lo esencial el contenido de clase de esa dominación.

El proceso de degradación del movimiento revolucionario afectó profundamente al movimiento obrero cubano, el cual tendió a recluirse en el específico marco sindical, teniendo así lugar el surgimiento de burocracias, las que si bien traicionaban los intereses objetivos del proletariado cubano, respondían a las reivindicaciones inmediatas de algunos sectores obreros organizados, principalmente los de las ramas industriales del azúcar y del tabaco.

Los gobiernos de Grau San Martín (1944) y Prío Socarras (1948) respondían en consecuencia a dos dimensiones. Por una parte eran la única alternativa relativamente democrática frente a la dictadura militar y por otra, se constituyeron en los vehículos civiles y republicanos de dominación imperialista. En alguna medida, el PRC se ubica en el contexto del populismo latinoamericano que en algunos países ha logrado, transitoriamente, unir el apoyo de masas y los intereses de sectores de las clases dominantes y del imperialismo.

La descomposición del PRC (auténtico) en sus gobiernos trajo consigo dos reacciones distintas en el marco de la política cubana. Por una parte, la fracción ortodoxa, surgida del propio PRC, a la cual pertenecería Fidel Castro y cuyo jefe era el místico político Eduardo Chibas. Esta fracción se plantearía el retorno a las tradiciones revolucionarias de los años treinta. Por otra parte, la reacción putchista que interpretaba a estos sectores de la pequeñoburguesía y de la burguesía cubana, dirigida nuevamente por Batista. La segunda tendencia se impuso a la primera, mediante el mecanismo del golpe de Estado en 1952.

Pero por otra parte, desde el mismo establecimiento de la Dictadura de Batista, comenzó a desarrollarse en el interior del Partido Ortodoxo, una verdadera lucha ideológica. Así, terminaróse alineando, en una parte, los sectores objetivamente colaboracionistas al régimen, que buscaban levantarse frente a la Dictadura bajo la forma de "oposición política" y en la otra parte, la tenden-

cia revolucionaria democrática que, tomando conciencia de que el escenario político había cambiado, levantó tareas de resistencia armada. En esa nueva facción se encontraba el germen del Movimiento 26 de Julio que comandaba Fidel Castro. La fracción de Fidel era *la más democrática*, y por ello era, en esas condiciones, *la más radical*. Socialmente, estaba apoyada en sectores de la pequeña burguesía revolucionaria en su forma predominantemente estudiantil.

El Movimiento 26 de Julio surgiría en consecuencias como expresión de la necesidad del desarrollo de la *lucha democrático armada*. El genio político de Fidel Castro se revelaría no solamente en las cotidianas instancias tácticas, ya sea en sus relaciones con la oposición del PRC, del Partido Ortodoxo y de los comunistas, frente a la lucha común con la dictadura de Batista, sino que también en su comprensión de que la sustancia y fortaleza del movimiento dependería de la incorporación creciente de amplios sectores de la población, tanto urbana como rural. En ese sentido el 26 se convirtió en el catalizador del potencial revolucionario latente en Cuba desde los años treinta, pero también en su superación táctica y estratégica. En el discurso de Fidel "La historia no asolverá", documento político de acusación de la Dictadura, se encuentra en germen el programa democrático, político y económico inicial, de la Revolución Cubana.

El Movimiento 26 de julio se conformó como un frente-movimiento "sui generis" que combinaría formas de lucha armada y legal, cuyo centro de gravitación estuvo constituido por la guerrilla rural que aglutinaría tras de sí, pero sobre todo detrás del Ejército Rebelde, a las masas amplias del pueblo cubano. Es de destacar en ese sentido la heterogeneidad social del movimiento, que agrupaba, desde sectores de la misma burguesía cubana disconformes o inseguros bajo la tiranía de Batista, pasando por la pequeña burguesía cubana, campesinado, subproletariado urbano y rural y sectores minoritarios del movimiento sindical.

El Ejército Rebelde en el poder procedería a dismantelar la maquinaria de dominación de la Dictadura, desarrollo un programa de reformas democráticas, y populares, cuyo centro radicó en las dos reformas agrarias implantadas por el gobierno revolucionario. Fue en ese período, en donde al igual que en los años treinta, se revelaría la estrecha vinculación de las clases dominantes cubanas con el imperialismo. Fue así como la Revolución Cubana tomó necesariamente un carácter racional y antiimperialista, que era también anticapitalista en

la medida en que el capitalismo cubano era fundamentalmente una prolongación del imperialismo. Los ataques económicos y militares del imperialismo norteamericano cuya forma más desnuda de expresión fue el intento de invasión a Cuba, radicalizarían aún más la fase nacional democrática y popular de la revolución. Fue dentro de esa fase, cuando La Revolución, a través de un discurso de Fidel en 1961, se declaró socialista.

No obstante, la construcción del socialismo en Cuba se encontraba frenada por límites subjetivos y objetivos.

Entre los primeros destaca el atraso político del proletariado cubano y la ausencia de un verdadero partido proletario de vanguardia, ya que el 26 era la fuerza más eficaz en la lucha antidictatorial, pero bajo ningún aspecto, algo parecido a un partido proletario.

El atraso en el desarrollo político del proletariado y de las masas en Cuba intentó ser superado a través de la educación ideológica en donde, según las concepciones del Che Guevara, el rol de la conciencia debería ser decisivo tanto en la política como en el desarrollo económico.

La ausencia de una conducción proletaria intentó resolverse en el plano organizativo, a través de la asociación del ala izquierda del 26 con el PSP (nombre que tenía en Cuba el PC). Brevemente dicho, bajo esta asociación en un solo partido se buscaba unir la dimensión proletaria y la dimensión popular de la Revolución que por lo común habían estado separadas. No está claro en todo caso, si esta asociación traspasaría los aspectos puramente organizativos, en tanto *el 26 era un movimiento popular no proletario, y el PC, un partido proletario no popular*.

Entre los límites objetivos del desarrollo del socialismo en Cuba, destaca el escaso peso específico, cuantitativo y cualitativo de proletariado cubano (lo que a su vez, era una consecuencia del retraso en el desarrollo de las fuerzas productivas de carácter capitalista) y el aislamiento hemisférico de la Revolución.

La creación de las bases económicas materiales del socialismo intentaron ser resueltas en Cuba, primero, a partir del "modelo clásico" esto es, desarrollo de la industria, ligera y pesada, y posteriormente a partir de una suerte de "acumulación originaria de capitales" adaptada a la condición de dependencia y monoexportación, que puso su acento en la zafra de los diez millones de toneladas para el año 1970, meta, que como es sabido, no fue alcanzada.

El aislamiento hemisférico de la revolución intentó resolverse a través de dos vías. La primera,

apoyando los movimientos revolucionarios armados que surgieran en los países latinoamericanos, fundamentalmente a partir de la influencia de la propia Revolución Cubana; y la segunda, el apoyo a cualquier gobierno latinoamericano que se encontrara en contradicción o en conflicto con el imperialismo, como los del general Torres en Bolivia, del general Velasco Alvarado en Perú y el del Presidente Allende en Chile. En la primera vía destaca la tenaz lucha ideológica, pero básicamente práctica, llevada a cabo por el Comandante Guevara. Al igual que la Unión Soviética que apostó al socialismo en la perspectiva de la revolución europea, la Revolución Cubana también se consideró como parte inicial de la revolución latinoamericana a la cual impulsaría, pero que al mismo tiempo ésta impulsará el desarrollo del socialismo en Cuba.

Hecho este breve esquema, debemos detenernos aquí, para analizar las transformaciones que se operaron en el desarrollo ideológico del marxismo latinoamericano durante esos años.

XI

Durante la década de los sesenta la Revolución Cubana se jugó por todos los medios para impulsar la Revolución Continental. Según la proyección que habían hecho de su propia experiencia, la Revolución Cubana había demostrado que la revolución era posible en América Latina y que las condiciones objetivas para su realización estaban dadas. En consecuencias, según la proyección cubana, se hacía necesario que los revolucionarios de los demás países del continente se dieran a la tarea de crear las condiciones subjetivas, las cuales se desarrollarían fundamentalmente a partir del ejemplo de la acción armada que debería ser realizada, principalmente, a través de la guerrilla rural.

Pero por otra parte, de acuerdo con esta misma proyección, el hecho de que en Cuba la Revolución hubiera triunfado, pondría naturalmente en alerta al imperialismo, lo que traía consigo que las condiciones militares de la lucha fueran mucho más difíciles en los demás países latinoamericanos que en Cuba. Pero por lo mismo, esa lucha debería tener desde un comienzo un carácter antimperialista, que como en Cuba, también sería anticapitalista, y más todavía, socialista. Esto significa que todo ese proceso que habíase desarrollado en Cuba en una forma empíricamente inconciente, debería ser realizado, en los demás países latinoamericanos, en una forma empírica consciente. Sin embargo, este esquema, naturalmente aquí simplificado, no ponía mucho acento en que *la lucha armada en Cuba había sido el resul-*

tado de un proceso democrático y popular de larga gestación histórica.

Fue precisamente ese punto el que no fue totalmente percibido, ni por los cubanos, ni tampoco por las nuevas fuerzas revolucionarias del continente. Esto significaba *que las formas superiores de la revolución cubana, terminaron ocultando sus formas inferiores*, sin las cuales las primeras no se comprenden. Ello traía consigo una suerte de ceguera en la resolución del problema clave de la política latinoamericana que consistía en el *cómo entrecruzar las acciones de las nuevas eventuales vanguardias con el proceso concreto de la lucha de clases*, también en la mayoría de los países latinoamericanos, de carácter democrático popular, que al igual que en Cuba, pero seguramente bajo otras formas y condiciones, habían tenido lugar.

Fue precisamente esta separación entre las formas democráticas y populares de la lucha de clases, con sus expresiones armadas, separación que no había existido en Cuba, lo que indujo a los cubanos a poner, por una parte, tanta esperanza en los movimiento guerrilleros, pero también, una no muy oculta esperanza en los gobiernos populistas o nacionalistas, aun de carácter militar, que surgían, durante ese período en América Latina. La Revolución Cubana, en consecuencia, era para los cubanos una condición de la revolución continental, pero esta última, era a su vez, una condición para la realización del socialismo en Cuba.

Sin embargo, la teoría de la revolución a escala continental no estaba apoyada en Cuba en ningún concreto análisis de clases de la realidad latinoamericana, y esto significaba ni más ni menos, no tener ninguna teoría de la revolución para la realización de una práctica revolucionaria. Es por eso que ideologías de ocasión, ya sea de carácter técnico-militar, ya sea de carácter economicista, entraron a llenar, durante ese período, el hueco de una verdadera teoría de la revolución. Una de esas ideologías, la constituyo durante un breve período, la llamada "teoría del foco".

El foquismo, básicamente los argumentos de Debray cumpliría la función de otorgar una suerte de "legitimación teórica" a la revolución continental. Si ese breve trabajo hubiera sido escrito un poco antes, o un poco después, no habría pasado de ser un cúmulo de observaciones hechas por un intelectual europeo, sobre la lucha armada en América Latina. La importancia del folleto de Debray reside en la importancia del tiempo en que fue escrito; esto es, como ideología para una práctica, aunque esa práctica no correspondiera totalmente a esa ideología.

El papel de "legitimador marxista" cumplido por Debray lo confesaba el mismo autor recientemente, en su "autocrítica de las armas", en el sentido de que a él no se le podría acusar de heterodoxo, sino que de exceso de ortodoxia, pues el "foco" era para el "partido leninista" en las condiciones latinoamericanas, esto es, una organización elitista (en este caso física y técnicamente elitista) externa a las masas y a la clase, pero que al mismo tiempo postulaba su conducción. Está demasiado claro, en todo caso, que el partido de Lenin no era sólo la "externidad"; más bien ésta era una dificultad "rusa", no un principio inalterable. Por lo demás, la historia de la Revolución Cubana, probaba justamente lo contrario, pues, muchas limitaciones pudo haber tenido el 26 de julio, pero jamás la de "externidad". En cualquier caso no intentaremos aquí demostrar si Debray era fiel a Lenin como creía (entre otras cosas porque en el "partido leninista" de Debray, Lenin hubiera tenido que conformarse con el puesto de colaborador logístico) sino que de señalar algunas consecuencias que esta proyección militar trajo para el desarrollo del pensamiento (y en consecuencias para una práctica) marxista en América Latina.

En breve, ellas fueron nefastas.

Una línea demarcatoria dividió el ancho campo de la izquierda latinoamericana. A un lado, los partidarios de la vía armada. Al otro, los partidarios de la vía pacífica.

Los partidarios de la vía pacífica fueron fundamentalmente identificados en los PC latinoamericanos. Los partidarios de la vía armada en una nueva izquierda que se autodenominaba revolucionaria y no tradicional en oposición a los PC (izquierda que a veces no era tan nueva). Esta "nueva izquierda" provenía principalmente de las alas izquierdas de los movimientos populistas, de los partidos y movimientos cristianos (a veces de la misma Iglesia), del estudiantado radical y radicalizado, de las antiguas corrientes y sectas trotskistas o maoístas, y de algunas divisiones en el interior de los PC. Es preciso hacer notar que en ningún caso esta "nueva izquierda" provenía ni tenía mayores lazos con los movimientos obreros y sindicales del continente.

La demarcatoria vía armada-vía pacífica, ocultaba los contenidos reales de verdaderas políticas, o la ausencia de políticas. Pues la lucha armada puede ser practicada por fuerzas no esencialmente revolucionarias; pero sobre todo, los mismos PC en América Latina y en otros continentes han practicado y practican la lucha armada. Pues las armas no cambian ni el carácter de clase ni tampoco el contenido de una política, sino que simplemente le

otorgan formas armadas a prácticas de diferente contenido social y político. Por ello, el tenor fundamental de la crítica que realizaron los cubanos a los PC de América Latina nunca alcanzó los niveles políticos posibles sino que quedó rebajada a sus puras formas técnicas y moralistas. Ello no se explica por el hecho de que los cubanos sean muy "empíricos" y poco dados a la especulación teórica y, en consecuencia, "voluntaristas", como se ha llegado a decir. Ese mismo empirismo, o la imposibilidad de que los cubanos hubieran desarrollado una concepción de la lucha de clases a nivel continental, hay que explicárselo en el mismo marco en que surge la Revolución Cubana, pero sobre todo, a partir de las relaciones que mantuvo y mantiene con La Unión Soviética y sus países aliados.

Esa no ruptura, y aquí afirmamos, imposible ruptura con la política soviética, impidió que los cubanos (e incluso las fuerzas políticas que se desarrollaron en América Latina contando con su influencia) llevarán a cabo una crítica política hasta sus últimas consecuencias a los PC de sus diversos países. Por eso, la ausencia de una verdadera crítica, tendió a ser llenada por ideologías de ocasión, de carácter militarista, o como veremos un poco más adelante, de carácter economicista.

XII

Es imposible dejar de desconocer una situación objetiva y dominante sin la cual no sólo no se puede entender la Revolución Cubana, sino que tampoco *comprenderla* (en un sentido solidario), y esta es la imposibilidad de la Revolución de renunciar a su alianza con la Unión Soviética.

Desde el mismo momento en que Cuba, para salvar su revolución decidía proyectarse en función de la construcción del socialismo, no podía dejar de desconocer su situación de aislamiento económico y político, pero sobre todo, militar, frente a los Estados Unidos.

Está demasiado claro que los Estados Unidos estaban dispuestos, como quedó demostrado en su fracasada invasión a la isla, y están, y estarán, en cualquier momento de su historia, dispuestos a agredir al pequeño país. Después de casi veinte años de revolución, todavía llevan a cabo agresiones económicas. La revolución puede realizarse en una isla pero la revolución no es una isla. Los maoístas responderían a tal afirmación señalando que siempre es necesario apoyarse en sus propias fuerzas. Pero ¿qué sucede cuando esas propias fuerzas no se tienen o son abrumadoramente insuficientes? No se puede olvidar que los propios

chinos inicialmente tampoco se apoyaron sólo en sus propias fuerzas por lo cual tuvieron que pagar un alto precio ideológico: entrar a legitimar como expresión acabada del socialismo a la dictadura staliniana, es decir, la negación del socialismo, y a la cual, todavía le rinden culto, restándole así no sólo coherencia sino que también eficacia a su posterior crítica a la URSS.

Es aquí precisamente en donde se revela el doble carácter de la política exterior soviética. Por un lado, es positiva en cuanto puede llegar a ser un garante económico o militar (debido al lugar semi-hegemónico que ocupa en el mundo) de las revoluciones que tienen lugar en los países económicamente atrasados. Por otra parte, es negativo, en cuanto la incorporación al bloque soviético de un país revolucionario, económicamente atrasado, lo obliga en alguna medida a adoptar económica y militarmente los postulados del bloque que la URSS hegemoniza, ya sea mediante la adopción de determinadas formas de división del trabajo a escala internacional que implica un determinado esquema de desarrollo de las fuerzas productivas a nivel local, ya sea en seguir las concepciones geopolíticas que se derivan del todavía no muerto concepto del "socialismo en un solo país". Ese doble papel, positivo y negativo al mismo tiempo, no ha sido bien evaluado, derivándose, la mayor parte de las veces, en posiciones unilaterales. No es nuestra intención criticar aquí las relaciones de Cuba con la URSS, en tanto estamos convencidos que Cuba en ese período al menos, no tenía otra alternativa. Pero ello no debe ser un impedimento, para que a partir de una situación dada, no se extraigan las consecuencias que importan, en este caso, para el desarrollo de la teoría de la revolución en Latinoamérica.

En el marco de un nuevo alineamiento geopolítico, no podemos dejar de desconocer tampoco los intentos que sobre todo en la década del sesenta, realizó la revolución cubana para romper los nuevos bloqueos que surgían en su trayectoria. Aún mas, creemos que los cubanos, durante ese período, hicieron todo lo posible, tanto en el terreno de la planificación económica, cuanto en el terreno de la lucha militar, por permanecer dentro del nuevo bloque en una condición de autonomía. En ese marco reside a nuestro juicio lo fundamental de las aportaciones del Comandante Guevara, que algún día deberan ser recuperadas, cuando el socialismo se convierta nuevamente en actualidad latinoamericana.

En un sentido económico, es innegable que el Che Guevara negó la necesidad de determinadas divisiones del trabajo a escala internacional, el

sometimiento pasivo a las leyes de intercambio capitalistas entre países socialistas en el mercado internacional, así como las consecuencias internas que este alineamiento traía consigo como por ejemplo, la subsistencia de las relaciones mercantiles, la determinación absoluta de la ley del valor, la descentralización que derivaba en la formación de empresas autónomas y competitivas entre sí y el consecuente sometimiento del "factor político" al "factor económico", con la evidente degeneración de la conciencia revolucionaria que ello traía consigo.

Es un sentido militar, también puede considerarse la práctica del Che Guevara como una rebelión contra las concepciones geopolíticas dominantes en el bloque soviético, y con una grandeza histórica sin parangón, jugó y entregó su vida por la expansión continental de la revolución, la cual no estaba contemplada por la URSS. Sobre esos esfuerzos de ruptura práctica, hay testimonios escritos por el mismo Che, los que nunca deben ser relegados al olvido para quienes lleguen a plantearse la recuperación del marxismo para la práctica revolucionaria en América Latina.

La llamada política de coexistencia pacífica, levantada por la URSS, antesala de la política de distensión internacional, se ajusta plenamente a las reglas del equilibrio geopolítico en donde entran a reconocerse determinadas zonas de influencia y por tanto de no-intervención para cada una de las principales potencias. Pero la proyección continental de la Revolución cubana no avanzaba por supuesto, por los cursos de los acuerdos internacionales multi y bilaterales, e introducía contradicciones que difícilmente la U. Soviética podía controlar. *La contradicción entre la necesidad de la lucha a nivel continental por parte de Cuba y los acuerdos geopolíticos a nivel mundial suscritos por la URSS*, originaron muchas tensiones entre los dirigentes cubanos y rusos. Pero al mismo tiempo, dada la específica y concreta situación de Cuba a nivel internacional, estas contradicciones se canalizaron por vías mediatizadas, no teniendo lugar, por parte de los cubanos, una crítica radical a la política soviética, sino que puramente formal. Tal objetiva imposibilidad por parte de los cubanos, influiría en alguna medida en el desarrollo político de las nuevas fuerzas revolucionarias que habían surgido en algunos países de América Latina, bajo la influencia de la misma Revolución Cubana.

La crítica a las políticas de los PC en América Latina realizada por Cuba durante los años sesenta es una crítica virulenta, tanto más virulenta en la medida en que no podía convertirse en crítica

política-radical (y es por eso que era también a veces, injusta, y tal argumentación abría flancos que eran fácilmente refutables). Fue debido a eso, que las cuestiones organizativas, técnicas o militares, llenaron el hueco que una verdadera crítica política no podía llenar.

Igualmente formal y virulenta fue la crítica ideológica que desarrollaban los nuevos grupos revolucionarios en los diversos países de AL frente a los respectivos PC.

Por estas razones, cuando se hundieron todas las posibilidades para una revolución a escala continental, Cuba debió, obligatoriamente, relegar a un segundo plano sus contradicciones objetivas respecto a la URSS. Ello trajo también influencias negativas para los diversos grupos revolucionarios del continente, ya que quedaron sin respaldo real en sus contradicciones locales con las políticas de los PC frente a los cuales habían pensado levantarse como alternativa ideológica y práctica. Así, se desarrollaría en ellos una suerte de culto abstracto, casi religioso, por los aspectos puramente organizativos de la lucha, cayendo incluso en prácticas sectarias y burocráticas solo comparables a la de los PC, rindiendo culto por otra parte, a los actos de heroísmo no vinculados necesariamente al curso real de la lucha de clases. Este es el marco general en que hay que explicarse las teorías y prácticas foquistas, o simplemente vanguardistas, esto es, como *formas de substitución a una verdadera crítica política marxista de la sociedad latinoamericana*. No deja de llamar la atención que la única organización armada que subsiste social, política y militarmente en América Latina sean los Montoneros de Argentina. Pero ellos provienen de una tradición distinta a los grupos guerrilleros o vanguardistas que surgieron en los países latinoamericanos del propio peronismo. Quizás por eso tiene muchas semejanzas con el antiguo Movimiento 26 de julio en Cuba.

XIII

Pero el foco solamente se justificaba a partir de la percepción de que la revolución latinoamericana estaba a la orden del día, esto es, como un grupo elitista en un sentido militar-político, que sería la condición subjetiva para una condición objetiva *que ya estaba dada*.

Expresado de otro modo, no es posible criticar hoy en día, como tanto se hace, a las teorías foquistas, sin criticar la percepción sobre las cuales ellas se fundamentaban. Todo otra crítica, también es puramente formal. Dicho de paso, esta crítica formal es predominante hoy en día en el campo de

la izquierda no comunista latinoamericana (la que realizaron los PC no vale la pena mencionarla en tanto sólo se reduce a una serie de excomuniones oficiales). La teoría del foco no implícita una teoría de la sociedad. Por ello su racionalidad hay que buscarla fuera de esta teoría. En ese sentido, pensamos que la teoría del foco se enlaza armónicamente con otra ideología de sustitución. Nos referimos a la teoría de la dependencia.

Si bien muchos "teóricos de la dependencia" realizaron una crítica a las teorías foquistas, fueron ellos los que sentaron las condiciones materiales sobre las cuales "las vanguardias" deberían erigirse. En la medida en que "la teoría de la dependencia" establecía la inminencia de la revolución socialista, ella no es sino una parte de la moneda de la cual el "foco" es la otra.

La teoría de la dependencia surge como el resultado de la izquierdización de técnicos de organismos internacionales y académicos de las Universidades latinoamericanas. A través de su reacción en contra de los esquemas proimperialistas y procapitalistas prevalecientes, entregaron una gran cantidad de datos y análisis de indudable validez científica.

La teoría de la dependencia realiza una doble crítica. Por una parte a las concepciones "dualistas" de carácter desarrollista, y por otra, a los esquemas de revolución democrático-burguesa propiciados por los PC en América Latina, en la medida en que ambos "modelos" se complementaban entre sí. Recogió esta teoría, asimismo, algunas concepciones clásicas del trotskismo (ellas eran, como hemos dicho, las únicas alternativas al stalinismo que flotaban en el reducido espacio intelectual del marxismo latinoamericano) y las integraron en sistemas conceptuales dominados por el lenguaje de las propias escuelas desarrollistas.

Según esta teoría, la contradicción entre las "metrópolis" y los "satélites", establecía una relación de reciprocidad entre el desarrollo y el subdesarrollo, sin el cual el uno no se explicaba sin el otro. De ahí que el desarrollo del subdesarrollo sólo era posible a partir de la ruptura con las metrópolis desarrolladas. Pero la dominación de las metrópolis no era sólo un problema externo sino que una condición interna de cada país. Ello se resume en la conclusión de que en América Latina no puede haber lucha antimperialista que no sea anticapitalista y vicerversa. Así, esta teoría entra en contradicción con las teorías desarrollistas de "modernización" y con la teoría de la revolución en etapas de los PC. Hasta aquí, el análisis era impecable y son difíciles, las objeciones a su lógica

interna. El problema surge con el propósito, muchas veces indeliberado de los teóricos de la dependencia, de prefijar, a partir de esas consideraciones generales, *la madurez de la revolución en América Latina*, esto es, en *la confusión entre plazos históricos y plazos políticos*. Los primeros, los podemos prefijar a través del análisis del desarrollo de las fuerzas económicas. Los segundos, sólo a partir del análisis concreto de las relaciones de clase, de las correlaciones nacionales e internacionales de las fuerzas políticas, del papel del estado, del desarrollo de la conciencia revolucionaria, puntos que no analizó ni podía hacerlo la teoría de la dependencia, porque ella no es, ni tampoco podía ser, una *teoría de la revolución*.

De ahí la complementaridad entre teoría de la dependencia y acción foquista. La primera sienta, a nivel de las relaciones entre el desarrollo y el subdesarrollo, la unidad de la lucha antimperialista y la anticapitalista. Ello los lleva a deducir el inevitable carácter socialista de la revolución latinoamericana, carácter que no aparece determinado por el análisis de clases concreto de cada sociedad sino que por determinaciones que se desprenden de análisis y diagnósticos puramente económicos, a nivel del sistema capitalista mundial (y ni siquiera a nivel del modo de producción o de combinaciones entre diversos modos de producción). Que el desarrollo económico sólo sea viable a partir de la revolución socialista no podía establecer, independientemente de un verdadero análisis político y de clases, las bases para la actualidad de la revolución socialista. Sin embargo así ocurrió.

El foquismo militar surge así como la fuerza subjetiva organizada que se desarrolla sobre el

supuesto de una condición que estaba dada objetivamente. Ello no es culpa naturalmente de los teóricos de la dependencia, sino que del papel que objetivamente entraron a jugar en un período en que la Revolución Cubana y las izquierdas no comunistas en Latinoamérica, necesitaban de esquemas simples, atractivos, que no tocaran los puntos centrales de las verdaderas contradicciones políticas. No deja así de llamar la atención que la contradicción dominante en la teoría de la dependencia, entre la metrópoli y los satélites, se exprese tan similarmente en una concepción militar, en la contradicción entre la sierra y el llano. Lo sintomático es que ninguna de las dos ideologías, ni la economicista ni la militarista, empiezen por plantear los problemas desde la perspectiva de las contradicciones de clase.

Así, ha comenzado a desarrollarse en los últimos tiempos, una suerte de marxismo puramente abstracto, bajo la apariencia de ser muy concreto, o lo que es similar, se ha reducido la historicidad de los procesos sociales a una suerte de historia natural (naturaleza económica en ese caso) donde es notoria la permanente ausencia de los sujetos sociales conscientes. Pero lo concreto es sólo la instancia económica objetiva para estas teorías de ocasión o de coartada. Pero ya se sabe que si bien sin la economía no hay política la economía no suple la política. Si así ocurre, las clases reales, los procesos reales, la conciencia social, no juegan ningún papel. Se convierten en simples objetos de lo económico absoluto. Así, lo que aparece como muy concreto, no es algo más que el colmo de lo abstracto.

Diciembre, 1976